



Alicia Plante

Fuera de temporada

la lengua / novela



Adriana Hidalgo editora

Alicia Plante

Fuera de temporada



Adriana Hidalgo editora

Bajalibros.com

Plante, Alicia

Fuera de temporada -1ª ed.

Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013.

(la lengua / novela)

ISBN 978-987-1923-51-9

1. Narrativa Argentina I. Título

CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1a edición en Argentina

1a edición en España

© Alicia Plante, 2013

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301

(1054) Buenos Aires

e-mail: info@adrianahidalgo.com

www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-51-9

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito

de la editorial. Todos los derechos reservados.

Este libro fue publicado con el apoyo de la Fundación
neerlandesa de letras.

Agradecimiento

*Por nuestras entrañables elaboraciones mientras la comida
se enfría y el vino se calienta, por los guiones que se perfilan,
por la paciencia de la lectura, por la crítica inteligente...
A Coca Carpanero fuente, testigo, cómplice*

1

Lunes 4 de octubre, 11 hs.

No estaba contento de estar allí, a pesar del mar, de la playa, de no tener que hacer realmente nada y poder pasarse panza arriba la mayor parte del tiempo. Octubre, pensó, era un mes de mierda, ni chicha ni limonada, andá a confiar en este calor del mediodía... Si a la noche para ir al centro no te ponés una campera te cagás de frío, ya le había pasado. Hoy el sol estaba como el de enero, ahí acostado en la arena sentía que el sudor se le enganchaba en los pelos del pecho y le hacía cosquillas al rodar. Sin abrir los ojos se dio un manotazo en las costillas. Pero igual era falso el veranito, pensó, para las siete, siete y media, la temperatura habría bajado fácil diez grados y el vientito del mar podía congelarte los huesos. Por otra parte, una ventaja tenían estas refrescadas del atardecer: no había mosquitos. A él, si lo agarraban en verano podía terminar hinchado como un sapo.

Battaglia era un hombre simple y en el fondo de su corazón sentía una admiración maravillada por la gente que había estudiado, por los doctores y los ingenieros, los que tenían un título. Para él eran hermosos... El comisario Juárez, su jefe, era un tipo así y él lo amaba, podía llorar por él de tanto que lo amaba, pero igual lo había cagado el comisario. ¡Mirá que sacarlo de la comisaría por tres meses por semejante boludez! "No quiero verte esa cara de imbécil que tenés por un tiempo... Voy a llamar a mi amigo en Mar del Plata para que te consiga algo que hacer en la costa, algún contrato, no sé, cualquier cosa, y te borrás ya, pero ya, ¿entendido Battaglia? Y no me contestes ni una sola palabra porque si no te mando un año a un destacamento de... de la Puna de Atacama, de Ushuaia, no sé, me importa un ca-

rajo dónde con tal de no verte la jeta de boludo y acordarme de lo que hiciste. ¿Está claro?” Más tarde Battaglia se quejaba con el principal Boero de la severidad del comisario: “Ni que sea tan raro que uno termine disparando al aire...”. Mientras hablaba iba poniendo en una bolsa las cuatro cosas personales que guardaba en el cajón de su escritorio y no vio la expresión del principal. Apoyado en el marco de la puerta de su oficina, Boero sonreía y se limpiaba las uñas con un escarbadiantes. “¡La puta mala suerte

—agregaba el sargento— fue que justo en ese momento pasara un patrullero por la puerta lateral del telo!” Y Boero de pronto decidía entregarle la pieza que le faltaba en el rompecabezas: “No entendés nada, gordo, para variar vos navegás hacia la luna..., el tipo que tuvo que salir rajando cuando vos apareciste de uniforme en la recepción, es un contacto nuestro, tiene un taller de chapa y pintura..., ¿te suena el tema, Battaglia?, ¿autos robados que se maquilan?... ¿Sí? ¿entendés ahora? El tipo sabe que fue alguien de acá y se quiere hacer una tortilla con tus huevos, así que no te quejes más de Juárez”. Battaglia, el ceño fruncido por el esfuerzo para imaginar la situación completa, se había quedado mirando la puerta que Boero le cerró en las narices.

Ahora, al recordar la escena, se agitó y tuvo que sentarse. Miró a su alrededor mientras se pasaba distraídamente la mano por las piernas desprendiendo la arena. No había nadie. Por supuesto, quién iba a haber, fuera de temporada todas las playas eran iguales, y a pesar de su fama, en eso Pinamar no era mejor que las otras. Nadie, ni una sola mina aceptable para tirarse el lance de un levante, ni un tipo con quien hablar un rato. Se acomodó un poco las bolas y se bajó el short de baño, ¡sin darse cuenta había estado dando un espectáculo! Decí que quién iba a verlo en esta puta playa vacía. Igual volvió a mirar a derecha e izquierda. Un movimiento allá arriba, en la ventana de la cocina de Braun, le recordó que la esposa debía estar en la casa. Una mujer extraña la alemana, más callada que él, con Braun dentro

de todo uno podía conversar de ciertos temas, pero ella..., como si el marido y el hijo y la casa fueran lo único importante en el mundo. Volvió a observar la ventana e imaginó a la mujer preparando la cena de la familia mientras se asomaba cada tanto para ver si el lanchón ya estaba volviendo. Miró el reloj, las tres y veinte. "Ni sueñes, alemana, Braun no tiene ningún apuro por volver con vos. Está con su hijo y cuentan los pescados y calcula la guita que les sacaré a los clientes. A vos no te necesita, le gusta más leer sus libros que garcharte..." No era verdad y lo sabía, seguramente a Braun le gustaba mucho su mujer porque nunca se le oían comentarios de esos que hacen los hombres de sus esposas. En realidad no existía razón alguna para tenerle rabia a la alemana, era bien educada y no le había faltado el respeto. Pero no hablaba, nunca decía nada y eso lo volvía loco. Cuando ocasionalmente Battaglia entraba en la casa de Braun o esa vez que ella bajó con el chico a la playa y él se acercó a saludar, no había dicho ni una palabra. Ese día él terminó alejándose porque no sabía si sentarse o quedarse parado, quién se creía que era, una mina así te hace sentir como un boludo, pensó. Para disimular le había preguntado un par de huevadas al chico, que mucho no hablaba tampoco, y chau, nunca más. No le gustaba la gente que no decía nada, no se sabe qué están pensando, podrían estarse riendo de vos.

Battaglia hizo el pequeño esfuerzo que la panza le imponía, pivoteó sobre una rodilla como si fuera por capricho y con bastante agilidad saltó sobre un pie. Aunque no hubiese nadie cerca. Además la alemana podría estarlo mirando por la ventana. Y no le daría el gusto.

El flequillo se le pegaba a la frente mojada de sudor y lo apartó con cuidado: estaba empezando a ralear y no haría nada que provocara la pérdida de un solo pelo. Caminó hasta la casa del balneario, por unos meses su hogar: el 31 de diciembre terminaba su contrato de custodio y debía sacar sus cuatro cosas y dejar libre el rincón donde Braun le había instalado un catre. Para entonces estaría volviendo a

Buenos Aires para reincorporarse al laburo. El único que le gustaba, la cana, ser cana, ahí él era alguien y todos los agentes y los cabos le hacían la venia y él podía basurearlos si quería. Amaba su uniforme, el arma en la cadera, sobre todo eso, la sensación del arma cerca de la mano. Tenerla guardada le jodía más que el castigo en sí mismo. En realidad lo irritaba estar acá sin nada que hacer más que cuidar el balneario mientras Braun salía con el lanchón. El señor Bastos, el dueño del balneario, no había estado dispuesto a pagarle casi nada, pero Braun agregaba unos pesos de su bolsillo. Sin que lo hablaran Battaglia sabía por qué: además del balneario él tenía que prestar atención a la casa de Braun, a su mujer, a veces al hijo si no lo había acompañado a pescar. Un laburo fácil, sin riesgo alguno, con un lugar decente donde dormir y unos mangos para ir tirando. Seguro que sus compañeros iban a envidiarlo cuando les contara dónde había estado, pero él hubiese preferido mil veces estar en la comisaría. Lo tenía todo pensado: viajaría el 31 en el último micro y así no iba a tener que estar para año nuevo con su tía. Estaba tan vieja que lo mejor que podía hacer era morirse, tenía ese olor de los viejos que no pueden lavarse bien, un olor como ácido. Tal vez tendría que darle un buen baño él, pero ni loco iba a tocarla, y menos desnuda. De sólo imaginar la carne arrugada de la tía colgando de su cuerpo huesudo le dio un estremecimiento. No la había querido nunca, aunque se hubiese hecho cargo de él. Siempre había sido una bruja, siempre con el bastón en alto o poniéndolo en penitencia.

Cuando el tío estaba vivo las cosas eran bastante mejores. El hombre evitaba los enfrentamientos con su mujer, pero para el sobrino estaba claro que era por pereza. Huérfano de madre y abandonado de padre, el chico, un gordito de once años que miraba mucho de reojo y se masturbaba demasiado, se había incorporado a la vida de la pareja con cuarenta años menos que ellos. En general era la tía la que decidía qué cosas podían ser y qué cosas no y hoy, sin la sombra del tío por ahí pero igual de mandona a pesar de

lo vieja y encorvada que se había venido, él se vengaba no yendo a verla, satisfecho de imaginar que a veces lo necesitaba.

Como si se tratara de su destino, pateó con fuerza un bollo de papel que el azar le ponía delante. Junto con el papel voló una pequeña nube de arena que el viento del mar recogió como el guante de un desafío, para torcer su intención y arrojársele al cuerpo. Battaglia la atravesó como un toro y se encerró en la construcción de madera con un portazo.

Leo cerró el libro que había estado leyendo desde la mañana: eran las cuatro de la tarde y haría su caminata por la playa hasta llegar al centro y luego volvería al departamento por las calles arboladas de adentro. Nunca las mismas. Venía haciendo esto cada día, a la misma hora, aunque lloviera. En realidad, pensó, él sabía que podía romper la rutina de su programa en cualquier momento, no era rígida, él no era rígido. Pero cumplir un programa de actividades lo ayudaba a sobrellevar las circunstancias. Así no necesitaba decidir constantemente qué hacer ni cuándo hacerlo.

Llamaría a Silvina al regresar. Los miércoles a la tarde se quedaba en la Facultad y no llegaría a su casa hasta más o menos las siete. El psiquiatra había insistido mucho en que no estuviera pendiente de Buenos Aires, especialmente que no se le ocurriera estar llamando al juzgado, que se desentendiera del trabajo, de todo lo que era su vida, sus responsabilidades, que delegara, decía el hombre, como si fuera tan fácil. Pero Silvina no era Buenos Aires ni era una responsabilidad, qué estupidez la de este hombre, ¡había llegado a sugerirle que no hablara con ella todos los días! Si él no supiera que estaba ahí, esperándolo, si no tuviera la certeza de que Silvina estaba de acuerdo con esta especie de exilio, él no habría aceptado venir aquí por un mes.

Liberó su campera liviana de la confusión de ropa que se había acumulado sobre el respaldo de las sillas y apoyó el

libro sobre la mesa. No lo llevaría, la tentación de sentarse a seguir leyendo en un bar iba a ser demasiado fuerte. No, debía caminar. En eso al menos estaba de acuerdo con el psiquiatra. Y en la medicación. Aunque a veces sintiera un poco de vértigo. Lo había llamado varias veces, el psiquiatra a él. Quería saber cómo se sentía, si estaba cumpliendo las indicaciones, y sobre todo cómo iban las cosas con las dosis indicadas.

No le había dicho toda la verdad. De los sueños con el accidente por ejemplo, cómo se repetían una y otra vez, casi iguales. Y que el chico gritaba tan fuerte que se despertaba gritando él. En la realidad el chico no había gritado, así le decían. El golpe había sido en la base del cráneo y la muerte, sin la menor duda, había sido instantánea, pero Leo estaba seguro de que debió sentir dolor, o miedo por lo menos, espanto. Lo imaginaba mirando los faros que se le venían encima y que sus zapatillas gastadas nunca terminaban de deslizarse sobre el asfalto mojado, los brazos golpeando el aire, las manos desesperadamente abiertas y el esfuerzo imaginaba, mientras su propio cuerpo se iba poniendo rígido y la respiración se le amontonaba en los pulmones, el infinito esfuerzo del chico por levantarse, por rodar a un lado, por aferrarse de algo, mientras salía de su garganta el interminable grito de la muerte, de puros doce años...

Él lo había oído, insistió mil veces en sus sesiones con el psiquiatra, por encima del aullido animal de las cubiertas bloqueadas intentando agarrarse al pavimento, a través de Bach en el estéreo y el golpeteo de la lluvia en el techo del auto, él lo había oído. El golpe no, el grito. El golpe había sido suavcito. Apenas lo suficiente. Pero recién en una de las últimas sesiones, justo antes de viajar, descubrió la verdad de la incongruencia: el grito había sido suyo.

Tiró la campera al piso y se agarró la cabeza. Otra vez empezaban el dolor en las sienes y los temblores en las manos. Desde la mañana había estado mal, quizás caminar le hiciera bien y dejara de revivir una y otra vez el minuto an-

terior al accidente, cuando decidió doblar y tomar la avenida. No le había importado en ese momento hacer unas cuadras de más porque aún así llegaría antes:

y entonces, con todo el cuerpo, con la fuerza de un poseído, en la fantasía reparadora que se reiteraba como los votos de una virgen enamorada, Leo aferraba el volante para seguir derecho, para no doblar, para no matar. El psiquiatra había hecho hincapié en que leyera literatura liviana, de suspenso, espionaje, ese tipo de libros que se leen en verano, en la playa, con arena metiéndose entre las hojas. No había podido. En una librería de acá, de Pinamar mismo, había encontrado un par de tomos de ese epistemólogo francés que había escrito sobre teoría del derecho, y se los había comprado. Estaba como hipnotizado por la lucidez del hombre. Y hoy, leyéndolo, había tropezado con el análisis hipotético de un caso demasiado próximo a lo que el destino le había hecho vivir a él.

Quizás el psiquiatra tenía razón. Compraría otra cosa. Recogió la campera del piso, distraídamente le pasó la mano un par de veces y salió al palier. Se sentía agotado. Bajó los dos pisos por la escalera lentamente. Pensaba en Silvina, si lograba conseguir unos días de licencia en la Facultad y venía a compartir su retiro con él, todo sería más fácil. Por lo menos unos días. Quizás cuando hablaran más tarde ya tendría novedades. Le había dicho que prefería esperar a que el titular de la cátedra volviera del congreso en México para explicarle el tema antes de hablar con el Secretario Académico. Si el titular la respaldaba... En fin, esas sutilezas de las relaciones laborales, el cómo y el cuándo de un planteo, y muy especialmente, el ante quién. ¡A veces lo aburría ese tipo de situaciones! Y Silvina se dejaba enredar demasiado en esos ovillos. Hoy, pensó, daba prioridad a sus circunstancias en la Facultad, a lo académico, y era tan cautelosa en ese frente que no veía que lo descuidaba a él.

Se sacó las alpargatas cuando llegó a la playa y las metió en la mochila de género que le colgaba del hombro. Tenía entre dos y tres horas por delante. La arena estaba asom-

brosamente caliente, casi le quemó los pies. El mar se veía muy verde, un verde francamente oscuro, la espuma de las olas hacía un contraste dramático con esa oscuridad. Le habría gustado zambullirse, pensó, por encima de la primera ola y por debajo de la segunda, en un mismo movimiento ondulante que lo haría emerger más allá de la rompiente. Siempre había amado el mar, pero sabía por otras tardes en que se había parado en la orilla y el agua le mojó los pies, que estaba muy fría aún. Octubre era un mes incierto.

Se dio vuelta porque intuyó que alguien estaba detrás de él. O quizás vio la sombra en el agua. Era el gordo, el cuida del balneario. No estaba tan cerca, eran las sombras largas del invierno todavía, lo saludó con un movimiento breve de la mano y empezó a alejarse hacia la izquierda. El hombre contestó el saludo con un gesto parecido.

–Cómo anda todo, amigo... –preguntó el tipo desde donde estaba, levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido de las olas.

–Bien, muy bien, gracias...

¿Qué iba a decirle al gordo? ¿Que estaba como el culo? Se alejó en dirección al centro caminando por la orilla lo más ligero posible.

–Mirá, querido, no tratés de entender por qué ocurren las cosas y la vida te resultará mucho más agradable. Mi marido, por ejemplo, ¿por qué tenía que morirse así, de pronto? Nos llevábamos bien, entendés, éramos grandes cuando nos casamos, viudos los dos, estábamos contentos, nos reíamos tanto, salíamos a comer, íbamos al cine, al teatro..., mirá, veníamos acá por ejemplo, teníamos este departamento frente al mar y durante el invierno nos escapábamos muchos fines de semana, y en septiembre, cuando empezaba el calorcito, nos instalábamos hasta Navidad. Cuando asomaban los turistas nos volvíamos a Buenos Aires, entendés, no los soporto, él tampoco. Vos, por ejemplo, un mu-

chacho encantador, vos no sos un turista, uno se da cuenta...

El perro de Gloria tiraba tanto de la correa que ella terminó poniéndose de pie para ver adónde quería ir. Mientras tanto, de espaldas a los husmeos apasionados de Oso en el pis de alguna hembra, ella seguía contándole su vida a Leo. Él aprovechó para levantarse también y dejó sobre la mesa del bar dinero suficiente para los dos cafés.

—Mirá, muñeco, no me pagués el café porque a mí..., gracias a Dios y a Demetrio, la plata no me falta. Yo no te conozco pero me parecés un muchacho honesto y te cuento: mientras vivía, Demetrio siempre dijo que los ahorros deben ser en oro, nada de dólares, marcos o lo que sea, nada de bancos, que te roban decía, oro, el oro siempre vale.

Así que me dejó oro. Mucho. ¿Entendés? No sé por qué te cuento esto, debe ser porque no tenés cara de ladrón...

Oso la arrastraba hacia el centro de la calle. Gloria se dio vuelta para seguir hablando pero Leo había alcanzado el límite y la sonrisa se le crispaba. "Converse con la gente, con los lugareños, que le cuenten de sus asuntos..." Gloria no era lugareña y sus asuntos no podían interesarle menos. Estaba exasperado, con el psiquiatra, con Silvina, con Pinar, esta ciudad donde no pasaba nada, donde hoy hasta la gente le parecía previsible. La saludó con la mano y una última sonrisa y murmuró algo a modo de despedida.

—Nos vemos, Gloria, nos vemos...

Se metió por una calle de arena que no conocía, la dirección general era la correcta y además, si se extraviaba, qué importancia podía tener. En una librería sobre la costa —milagrosamente abierta en esta época— había comprado un par de novelas que le parecieron interesantes pero no tenía muchas ganas de empezar ninguna de las dos. Mañana, pensó, mañana elegiría una, hoy aún estaba algo inquieto y le molestaba la idea de ir a encerrarse en el departamento. Quizá con alguna excusa fuera a golpear la puerta al baño que vivía frente al mar, el alemán, Braun había dicho que se llamaba, y se molestó en explicarle cómo escribir su

nombre. Habían conversado unos minutos en la playa un par de veces y parecía un tipo interesante. Antes iba a llamar a Silvina pero sólo para que no se preocupara, tampoco estaba de humor para oírla explicar una vez más lo complicado que sería viajar.

2

Martes 5 de octubre, 14:45 hs.

Bastos sacó una carpeta del cajón central de aquel enorme escritorio que su padre había cuidado tanto pero que él encontraba poco práctico. Algún día iba a tener el coraje de venderlo y comprarse uno moderno. ¡Las vueltas de la vida!, murmuró para sí mismo hojeando el listado de propiedades, tanto pensar con fastidio en este individuo, el juez, instalado en el departamento de Victoria Robledo sin que a él le significara un solo peso porque ella se lo había prestado, y de pronto el hombre llamaba para averiguar sobre departamentos en la zona. Era así nomás, siempre había sido así, sólo tenía que esperar y las cosas se le daban solas. Suponía que el juez estaba interesado en comprar, pero no lo había aclarado y Bastos nunca se apresuraba con las conclusiones: él tenía propiedades en venta y en alquiler y si el juez quería alquilar, Bastos iba a tratar de venderle. Sus mejores clientes eran como este muchacho, los que compraban pensando que se escaparían a Pinamar todos los fines de semana y después de un par de años tomaban conciencia de que habían ido dos o tres veces y terminaban vendiendo. Les sacaba plata dos veces.

Bastos Bienes Raíces había sido fundada por su padre y era una de las dos más antiguas de Pinamar, ninguna de las otras le hacía sombra. Y eso no tenía que agradecerlo al padre ni a nadie: en la zona Bastos era Bastos, el que andaba de acá para allá en su Torino blanco de colección, el que vendía, administraba y representaba a los propietarios que querían alquilar sin venir personalmente de Buenos Aires. Bastos tenía gente para solucionar cualquier problema, desde albañiles a carpinteros, si era necesario arreglar un caño, reemplazar un vidrio o una cerradura, Bastos se ocupaba, hacía pintar cada dos o tres primaveras, cambiaba las